

La leyenda del Pájaro Negro

Al fin las aguas venidas desde las alturas encuentran su remanso y, su quietud las hace mas cristalinas y luminosas por la tamizada luz del sol del amanecer, que atraviesa las frondas de los gigantes que se yerguen a las orillas, como guardianes del paso victorioso de sus caudales.

Sobre la corriente que viaja hacia el mar, danzan en el aire en sus ritos de apareamiento las libélulas, rodeadas de una aureola de mariposas amarillas.

Mirando desde una laja calentada por un foco de luz que pasa entre la copa de los viejos árboles, Juancito sigue las acrobacias de los insectos alados que viajan acompañando la corriente que se diluirá en la mar, mientras sus manos terminan de tejer una cometa de palma real.

Levantándose al paso del espectáculo aéreo, camina río abajo izando su cometa verde, apura su marcha, tratando de imitar con su ala delta hecha de palma, los rizos de los experimentados insectos, inspirado en el sueño eterno de volar.

Cada vez acelera mas su paso hasta encontrarse en la desembocadura y como sus alas necesitan del viento favorable, corre hacia la playa buscándolo con su cuerpo en dirección opuesta a su mirada que se eleva para acompañar a su espíritu. Su mano comanda a través de la delgada fibra que une a su cuerpo con su alma la cometa, que reluce resplandeciente en el cielo.

De pronto, un fuerte golpe contra uno de los palos que soportan la troja de las redes de los pescadores lo hace despertar sobre la blanca arena, viendo abatirse su ave verde y un escándalo de estacas y tejidos caen en ristre, seguido de voces encolerizadas que rugen a su alrededor.

Un anciano de piel curtida y mal encarado se le acerca rumiando su rabia, que el niño alcanza a ver a duras penas deslumbrado por el contraluz. Aquel gigante parado frente a el, le clava furioso su mirada de Cíclope.

El hombre con sus fuertes manos lo aferran por sus hombros y lo levantan para sacudirlo mientras lo regaña, el niño, con su silencio otorga una culpa involuntaria.

La madre de Juancito, aun joven, con su canasto de sardinas que acaba de recoger en las canoas de los pescadores, corre hacia la escena para proteger a su muchacho, que al verla llegar se zafa del anciano y se mete entre sus faldas.

La mujer con el corazón aun latiendo en su garganta pregunta por la causa del regaño.

-Don Maita, ¿se puede saber que ha hecho mi niño, para merecer tanta rabia ajena?

El viejo marino, le responde con autoridad.

-Póngale reparo a ese muchacho, enséñele que en la mar está nuestra vida y no en el cielo, para que respete y aprenda el oficio de pescador, que fue el de sus abuelos, sus padres y será el de él, si no viene el pájaro negro y se lo lleva por atolondrado y falta de respeto -

El curtido pescador le señala el vacío de su ojo derecho al niño y le sentencia

- Mire lo que me hizo el maldito animal por desobedecer a mis mayores-

La madre del niño; a quien a el también aterrizó siendo niña con las leyendas sobre el mismo pájaro malhadado; se arma de valor y lo enfrenta.

- No me le diga eso a mi muchacho Don Maita, el tiene el sueño muy alborotado y con esos cuentos no me va a pegar los ojos esta noche -

El viejo pescador hace un gesto severo, voltea hacia el niño y señalando el vacío de su ojo derecho le dice.

- Dígame usted niño, ¿a usted le parece que esto es un cuento? -.

Juancito se aferra con todas sus fuerzas a las temblorosas piernas de su madre, pero sus ojos no dejan de ver la oscura cavidad en el curtido rostro del viejo, donde parecen anidar extrañas criaturas.

La madre de Juan lo arrastra en dirección opuesta a la del anciano, recogen el canasto de sardinas y lo coloca sobre su cabeza, apresurando el paso hacia su rancho a orillas de la mar, aun asustada por el encuentro con los miedos de su infancia.

Pero muchacho no puede dejar de sentir esa mirada vacía sobre él, que lo hace volver su rostro hacia el viejo, preguntándose ¿cómo serán los animales que viven en ese oscuro lugar que no aparta su mirada de él?

El día cae sobre la ensenada y al blanco caserío de pescadores lo tiñe de rosado el sol del atardecer, mientras la mar se oscurece para que sus criaturas de la noche brillen en sus abismos.

Las fogatas comienzan a encenderse y las familias se acercan a ellas con guarapo, pescados, verduras y aguardiente para celebrar la buena pesca de la semana.

En grandes ollas de barro con agua de mar, se sancochan las verduras, mientras las brasas ahuman los pescados más grandes de la jornada, para compartir la buena fortuna entre todos los de la aldea.

Juancito y su familia, se sientan en un tronco seco alrededor de las fogatas como lo hacen sus vecinos, mientras esperan su parte del condumio. Sus padres conversan sobre la hazañas de la jornada de pesca del día, mientras el niño se distrae viendo las figuras que se forman entre las llamas, rostros que se alargan, cuerpos que se esfuman, animales que saltan, aves que levantan el vuelo dejando una estela de chispas.

De pronto una imagen difusa, un espejismo se asoma entre las llamas, es el rostro del viejo marino con su ojo rayado de tigre y su nido oscuro de criaturas de la noche, que una vez más lo miran fijamente.

El niño se acurruca debajo del brazo de su madre, pero su curiosidad no puede dejar de mirar dentro de aquel agujero, que las llamas hacen parecer la puerta del infierno del que hablan las señoras del pueblo, cuando van a pedirle a las representaciones cristianas de sus dioses africanos, para proteger a sus hombres de las tormentas.

La mirada del niño traspasa las llamas y asombrado ve como una criatura alada sale de su escondite en la vacía cavidad del rostro del anciano, se para al borde del agujero, y despliega sus alas negras y tornasoladas, que brillan con el resplandor de la fogata, y al salir al vuelo se desvanece en la oscuridad.

El niño aterrorizado esconde su cara en el regazo de la madre y ella, advirtiendo la causa de sus temores lo protege y acaricia, mientras le dice,
- No tengas miedo mi hombrecito, yo te cuido de tus malos sueños-

Los pescados sobre las brasas dan paso a los cueros de los tambores para tensar sonidos. Así comienza la cadencia de los ritmos ancestrales de los cimarrones que huían hacia esos parajes alejados de Dios, para sentirse libres del castigo de los mayores que los torturaban.

La percusión da paso a la calma del oleaje que lleva la brisa del mar hasta el chinchorro donde se balancea Juancito, que despierta asustado con la rompiente, y busca refugio en el útero de moriche de la hamaca, mientras mira a través de la trama, como el fantasma de las

enormes alas de una palmera se agranda al proyectarse por la luz de la luna en las paredes de la choza.

Ahogado por el miedo, logra gritar en voz baja,
-mamaaaaaaaaaaaaaaaaa-

La madre se levanta del catre apresurada a socorrerlo, mientras se queja del viejo Maita, por seguir asustando a los niños con esos cuentos.

-No mi niño, no tenga miedo que mama se va a meter en el chinchorro contigo hasta que amanezca -

Madre e hijo se acurrucan el uno contra la otra y se tapan para no ver el aletear de las sombras de las palmeras.

El sonido de los primeros gallos pintan en el horizonte los colores cálidos del amanecer, pero esa mañana, lo acompaña un sonido jamás escuchado que parece producir ondas sobre la mar serena de la bahía.

La madre de Juancito se despierta sobresaltada por un ruido que no tiene nombre, aterrorizada se asoma a la playa y junto a ella siente al niño que se aferra a su pierna.

Los vecinos también salen a buscar en el horizonte el sonido jamás escuchado, las mujeres se tiran de rodillas a implorar con sus hijos entre los brazos, mientras los hombres impotentes se paran a sus lados sin otra cosa que hacer, que esperar lo que Dios quiera.

De pronto una figura alada, enorme, de ojos centelleantes y alto contrastada, por el contraluz del cielo rojizo del amanecer, aparece surcando el aire hacia el oeste de la boca de la bahía de la ranchería de los pescadores.

La madre de Juancito aterrorizada, le implora a sus santos ancestrales que protejan a su muchacho del ave diabólica que viene por el y ella les promete a cambio, ofrendar a los espíritus que viven en la mar, todos los amaneceres de año nuevo con lo mejor de sus cosechas.

El desconocido sonido y su impresionante figura, jamás vista en estos parajes, siguió su vuelo, llevando desde Trinidad hacia Caracas, en Febrero de 1928 a Charles Limberg en un avión modelo Rayan, con el legendario nombre del Espíritu de San Luis.

José Rafael Alvarado Ruiz